

El nuevo Jefe del Ejército del Centro, Coronel Casado

El Coronel Casado, uno de los Jefes de más consolidado prestigio del Ejército de la República, recién ascendido a este grado, ha sido propuesto por el General Miaja para el mando que acaba de confiársele por el Gobierno. Fué Jefe de operaciones del Estado Mayor siendo Presidente del Gobierno y Ministro de Defensa Nacional el señor Largo Caballero. Dirigió la Escuela Superior de Guerra, y fué en ella profesor del General Rojo, del Coronel Matallana y de otros Jefes de brillantísima historia militar que sirven a su Patria en el glorioso Ejército republicano. Consumado conocedor de todos los frentes de batalla madrileños, tomó parte y se cubrió de gloria en



las operaciones de Brihuega, del Jarama y de Brunete, donde tuvo a su mando un Cuerpo de Ejército, en sustitución, por enfermedad, del Coronel Jurado. Ha sido también Jefe de la Escolta Presidencial, y últimamente era Jefe del Ejército de operaciones de Andalucía. La propuesta de su mando la ha hecho al Gobierno el propio General Miaja, porque en él tiene plena confianza para el puesto que se le confiere, tanto por sus conocimientos técnicos como por su probado celo.

Colaboración libre

¡¡INDEPENDENCIA!!

1808... ¡Guerra! Tronar de cañones. Descargas de mosquetes y trabucos, trotar de caballos en los caminos. Humo de pólvora, destrozos... sangre. 1808: época grabada en el corazón de todo patriota. Fecha tan grande, que ningún español puede olvidar. Época de héroes que, conjunta o aisladamente, luchaban en los pueblos y en los campos con los medios que encontraban a mano. Bella desigualdad de armamentos, que mueve más aún a la admiración al considerar el desnivel que existía entre aquel ejército organizado con arreglo a las exigencias de los tiempos y el nuestro, constituido por todo un pueblo sin excepción de sexos ni edades; lo mismo luchaba el mozalbete disparando desde la reducida ventana de un pajar, como luchaba el anciano, empuñando con sus crispadas manos—temblorosas por la emoción—un trabuco de descomunal boca, tensos los músculos de su rostro, quemado por el sol, y ardientes sus ojos—juveniles a pesar de la edad—, a los cuales escapaba una lágrima, muestra de su indignación. Barricadas repletas de gentes enardecidas, a través de las cuales brotaban las balas como el trigo en los campos de Castilla. Guerrilleros valientes que sin temor se jugaban la vida mil veces, aniquilando cuerpos de ejército en redadas audaces. Galopes de caballos por las cumbres de las montañas saltando rocas y matorrales. Persecuciones por los caminos reales; asalto de diligencias y convoyes del pomposo ejército francés y secuestro de jefes y oficiales con intrigas ideadas por las valientes mujeres españolas, que sin importarles ya el pudor de su sexo jugaban su honra por la libertad de España. Navajazos y estocadas de los guapos con los apuestos oficiales franceses en las calles de aquel típico Madrid. Charcos de sangre y cuerpos tendidos en las encrucijadas de la Villa, alumbrados por la luz mortecina de un mechero de gas y la plateada luna, que parecía mirar silenciosa

aquellos cuadros, pareciendo encerrar en su mutismo la misma ira que encerraba España en su corazón.

Fusilamientos de valientes en la Moncloa, que morían con el grito de ¡Viva España! en los labios, riéndose de aquellos que, abusando de su poder, rasgaban con el plomo de sus fusiles los corazones de aquellos patriotas. Escenas preñadas de horror y de belleza, que han quedado plasmadas en el lienzo por el pincel de los maestros de la pintura.

Todo ello nos recuerda esta fecha. Nos recuerda también aquellos campos, bañados por el sol riente de España, llenos de verdor y entristecidos por la guerra; guerra que, a pesar de todo, hacíamos los españoles, como hemos hecho todas las guerras, con una sonrisa y una copla en los labios.

Recordamos a Daoiz y Velarde, los héroes de Madrid, haciendo fuego con un viejo cañón y defendiendo después,

CATALUNYA, PER LA SEVA LLIBERTAT!

Si l'enemic ha aconseguit trepitjar terra catalana i tallar les comunicacions terrestres entre Catalunya i Llevant ha estat únicament perquè els seus atacs s'han fet protegits per considerable quantitat de material bèl·lic, facilitat descaradament pels saltejadors del dret, Hitler i Mussolini. Però tan bon punt les nostres forces s'han pogut refer de la sorpresa d'aquells atacs, se'ls hi ha oposat tan dura resistència que tot intent dels invasors d'avançar més per terres catalanes s'ha estavellat davant dels cossos d'acer dels nostre braus lluitador, que han fet conèixer a les tropes mercenàries la impossibilitat del seu cobejat propòsit de conquerir Catalunya per a sotmetre-la i esclavitzar-la.

La proximitat de l'enemic ha fet rebel·lar la consciència dels catalans. Tot Catalunya ha vibrat d'intensa emoció i s'ha disposat a no deixar-se arrebassar les seves llibertats, que ella estima tant,

con sus espadas, la única pieza que pudieron encontrar en el Parque de Artillería. Actos de valor como el de Agustina de Zaragoza, que con el tronar de su cañón despierta a los aragoneses, vencidos por el cansancio, haciendo detenerse al invasor. Bellas escenas de las montañas catalanas, en las cuales el redoble de un tambor, batido por un muchachillo, enardeció a los catalanes, dándoles valor para vencer a un enemigo más numeroso que la fuerza que defendía las crestas de Montserrat.

Hechos gloriosos de los gallegos y los asturianos, de los leoneses, de los salmantinos, de los andaluces y de todos los españoles que luchaban, morían y, por fin, lograron defender España y derrotar por completo al enemigo, demostrando al mundo entero que para ganar una guerra solamente hace falta una cosa: ¡Ser español!!

FEDERICO MONTERO GIL

(Artículo premiado en el concurso de periódicos muros celebrados en el Batallón Disciplinario del II C. de E.)

i tots els seus homes han posat en contribució tots llurs esforços per a evitar que la nostra terra sigui profanada. Les fibres més sensibles de tots els catalans s'han commogut quan els invasors—nos vándals de la civilització—han demostrat pràcticament quins són els propòsits que els empeny respecte Catalunya, que són els d'ofegar la seva personalitat i exercir damunt d'ella la més ignominiosa repressió contra de tot allò que sigui racialment català.

Catalunya no pot de cap de les maneres avenir-se a viure sense llibertat, que és consubstancial al seu caràcter racial. Sense llibertat, la vida humana no té cap valor; aquesta afirmació, aplicada concretament a Catalunya és d'una justesa indiscutible: les fonts de la vida catalana s'estroncarien si manqués a la nostra terra la saó de la llibertat. Catalunya, en fi per a ésser gran necessita ésser lliure; més, que no s'in-

tenti dominar-la, perque li repugnen els mètodes de tirania.

Tot el poble català ha comprés la gravetat dels moments que travessem, moments crucials de la nostra història, i ha comprés també quina seria la nostra situació si, per no saber-nos comportar ara tal com les circumstàncies exigèixen, l'enemic aconseguís apoderar-se de la nostra terra. I, davant d'una perspectiva palessament tènica, tots els catalans estem disposats a realitzar els màxims de sacrificis per a assegurar-nos un pervindre digne i just, en el qual puguem expressar-nos lliurement

i sense intergerències estranyes. Per a obtenir aquest benestar, seriosament amenaçat en aquets moments, repetim —i la convertirem en realitat si és precís— la magnífica expressió sintètica de Pau Claris quan, en 1640 Felip IV amenaça destruir les llibertats catalanes, oposa la decisió heròica de lluitar fins la mort: «Si hem de morir, morirem cantant com el cisne». Per a nosaltres, els catalans, morir en defensa de la llibertat i de la Patria, és cent voltes preferible a viure sota el jou.

(Servei de Propaganda i Premsa de la LLAR DEL COMBATENT CATALÀ)

El frente y la retaguardia

UNA VISITA A LOS TALLERES DE MADRID

Nuestra primera visita ha sido a los talleres de Atocha, en donde 400 muchachas se dedican con afán a la construcción de prendas destinadas a los soldados del Ejército popular. Penetramos en el amplio local y ante nosotros se ofrece un cuadro de bellezas juveniles que, incesantemente, al compás de sus lindos pies, mueven las máquinas que son sus compañeras en la labor que realizan. Estas nos miran con un poco de asombro, pero en el acto, y cual corresponde a su categoría de camaradas luchadoras, se recobran y nos tratan como a tales, y, familiarmente, con esa franqueza espontánea que nos distingue de las huestes facciosas (cobardes e hipócritas), nos lanzan mil preguntas y nos dan, en deseo unánime, su más decidido apoyo para que acabemos para siempre con nuestros enemigos, animándonos para proseguir nuestra contienda en pro de la causa.

Interrogadas sobre su trabajo, nos muestran con orgullo inmensos montones de ropa, que ha sido confeccionada en muy pocos días, y nos manifiestan que la producción aumenta más y más a medida de las exigencias de la guerra.

Unas son morenas, rubias las otras, castañas aquéllas; risas, encantos, juventud; mujeres en lo más florido de su vida; pero todas poseen el espíritu de rebeldía, incansable y magno sacrificio que caracteriza a las hijas de España, y al despedirnos lo hacemos ad-

mirados del fuerte entusiasmo de nuestra retaguardia, entusiasmo sin límites que todos debemos imitar y poseer la seguridad, cada día más firme e inquebrantable, de que jamás las hordas invasoras lograrán hollar con sus plantas este gran país antifascista, este gran pueblo que se halla dispuesto a perecer en la contienda antes que ceder un palmo de terreno a los que, alevosa y traidoramente, pretenden «colonizarlo», y que a la postre, y pese a quien pese, conseguirá una plena victoria, arrojando de nuestra Patria a todos los enemigos de la República.

A la salida, y mientras nos dirigimos a los talleres Fira, vamos comentando nuestras impresiones de la visita y todos nos sentimos halagados y plenos de satisfacción al asegurarnos, una vez más, de lo fuertes que son los lazos que nos unen a la retaguardia, y en tal estado de ánimo llegamos a los talleres Fira y penetramos en este lugar de trabajo, distinto al que ya hemos visitado, pero que va unido a él. El tronar de las máquinas nos deja unos instantes aturridos, pero acto seguido nos recombramos y, siguiendo a nuestros guías, nos disponemos a comprobar lo eficaz de su trabajo y vemos que es de vital importancia, pues de la perfección de él depende, en muchas ocasiones, la vida de miles de combatientes y también de las mujeres y niños de retaguardia. Aquí sólo trabajan para la guerra; numerosos tornos ruedan incesantemente bajo la vigilante mirada

del operario que la dirige, presto a rectificar el menor detalle de imperfección, y van construyendo las diferentes piezas de que consta la espoleta del anti-aéreo. Los obreros nos han contemplado unos segundos y rápidos han dirigido de nuevo sus ojos a su trabajo, y cuando les hemos interrogado nos han contestado sin separar su vista de la máquina, pues saben que cualquier descuido puede tener malas consecuencias y ser, por lo tanto, la pérdida de un proyectil que, a lo mejor, pudiese servir para salvar de la muerte a cualquiera de los mismos que en aquellos momentos estamos allí. También aquí trabajan muchachas y desempeñan su cometido con el mismo entusiasmo que el más animoso de los hombres.

Así son nuestros trabajadores; y mientras las máquinas vibran, ellos permanecen en sus puestos con la misma firmeza y el mismo pensamiento que el soldado en las trincheras: ¡Vencer! ¡Vencer! Y ¡Venceremos! Nadie puede, nadie debe dudarlo, y aquel que lo duda no puede ser buen soldado; la razón siempre acaba por imponerse, y en las circunstancias presentes es de tal trascendencia la razón que nos asiste, que los países que hoy, por cobardía o por lo que sea, permanezcan mudos ante nuestro dolor, no tendrán más remedio que rendirse a la evidencia ante el espíritu de combatividad y sacrificio de este pueblo mártir, al cual pertenece, por su majestuosa bravura, figurar a la cabeza de todos los pueblos.

Nuestra misión es cada día más firme y no existe el temor que nadie pueda romperla; y nosotros, que hemos permanecido por unas horas junto a estos trabajadores, les aseguramos que esta 150 Brigada cooperará con toda su fuerza y vigor a que este sueño de victoria sea una pronta realidad, y también que todas las Brigadas, desde el primer Jefe al último soldado, son del mismo parecer.

Salud, camaradas; continuad vuestra labor y nosotros haremos lo propio, que de ello florecerá la primavera de nuestra victoria; y cuando lo legremos, ésta traerá consigo una nueva España, una España libre que educará a su hijos con el mismo celo que una madre cariñosa, haciéndoles hombres libres y amantes del trabajo. ¡Viva España libre e independiente!

FEDERICO MASPONS
Cabo de Ingenieros.

EL HEROISMO DE ESPAÑA

2 de Mayo de 1808 -:- 2 de Mayo de 1938

Año de 1808. De los escombros de la Europa invadida se levanta un penacho de humo como un postrer espasmo de impotencia. Napoleón Bonaparte, el corso mundial, rayo de la guerra, acaba de conquistar desde el Niemen al Rin y desde el Elba a las llanuras del Poo. La orgullosa Inglaterra se debate furiosamente por romper el asfixiante cerco del sitiador, y al inclinar Occidente la cerviz, en señal de vasallaje, el dorado carro triunfal pasea desafiante por todos los ámbitos del mundo.

¿Quién detendrá su loca carrera?

El destino señala a nuestra Patria como la carcoma que ha de socavar las fuertes columnas del ambicioso imperio, y al grito de GUERRA, los caminos españoles son nubes de polvo bajo el fiero galopar de los emisarios.

¡¡GUERRA!! ¡¡GUERRA!!

Su eco se esparce por las ciudades, atraviesa los pueblos, retumba en los valles y se pierde en las encrespadas serranías andaluzas.

Bajo el ancho chambergó madrileño arden los ojos de los chisperos; las pardas capas ocultan los facones de temple toledano, y los corazones, henchidos de amor patrio, laten con la intensa emoción del momento.

Las ligas de las «manolas» son también arsenales de armas exóticas, y los vivos corpiños que aprisionan sus cuerpos morenos lucen como alegres notas de verbena.

¿A dónde va Madrid con esa risa de cairel?

A los Pozos, a la Puerta de Alcalá, a la Costanilla... a la muerte.

Y no hay armas, pero sobran pechos; no hay fuertes ni grandes defensas, pero sobran esquinas y floridos balcones desde donde acecha la muerte. Las facas de los «manolos» buscan los pechos de los caballos imperiales que se despanzurran en el suelo, abiertas las humeantes entrañas.

Y aparecen los «malasañas», que se baten como leones, y las campanas tocan a rebato, y los templos, portales y encrucijadas, son viveros de la muerte, donde van hacinándose, en rojos montones, las columnas invasoras.

Sus a ti, Madrid. Hoguera de la Independencia, hoy, como ayer, defienden tus calles los nietos de tus antiguos «majos» y «chisperos». Tú no quisiste acatar el yugo extranjero, y el victorioso emperador, que hasta entonces sólo había tenido que luchar con los monarcas del antiguo régimen y contra ejércitos mercenarios, aprendió de ti lo que vale un pueblo noble y desesperado.

*Ungido ya por cien batallas
jamás harán mella en tus jalones:
ni el bárbaro silbar de la metralla
ni el fiero tronar de los cañones.*

MICOLO

(Artículo premiado en el concurso de periódicos mura-
les celebrado en el Batallón Disciplinario del II C. de E.)

con ansias de ser libre, no puede ser esclavo; no saben, tampoco, que el pueblo español está dispuesto a vender cara su vida, su libertad e independencia.

Hoy, más que nunca, nosotros, antiguos soldados de la independencia española, afirmamos, sin temor a equivocarnos, que nuestros enemigos, los invasores y traidores a nuestra Patria, no conquistarán España; no hundirán, en sangre y barro —como pretenden—, a nuestro pueblo; porque éste tiene un Ejército potente y disciplinado, que es carne de su misma carne, y que está dispuesto a morir, si es preciso, antes que ver a los esbirros y traidores regir los destinos de nuestra Patria. «Nosotros renunciamos a todo menos a la victoria final sobre nuestros enemigos.» Si, si; ésta es nuestra afirmación rotunda. Aquí encuentras un Ejército, creado a costa de mil sacrificios, diferente a aquel que tenemos enfrente; aquí te acogemos como un hermano más que viene a luchar y sufrir por la madre Patria, y no como aquel ejército, regido por los que se sublevaron contra el Poder constituido legalmente, donde te acogían como a un borrego. Allí eras un maniquí uniformado; allí servías a los grandes magnates de la banca y terratenientes, a los vampiros y chulos prostituidos; defendías la opresión, el oscurantismo, el hambre y la miseria, y, por último, si estuvieras a su lado, defenderías el crimen más monstruoso que ha conocido la Historia: la venta de su Patria por treinta dineros a Alemania e Italia.

Aquí no existe disciplina cuartelera; no existe la fusta del oficial ensoberbecido y brutal; no existen las medidas lucrativas sobre el soldado; pero sí existe una disciplina férrea, consciente, comprensiva y querida por nosotros mismos. Aquí defiendes tu Patria, invadida y ultrajada por los modernos bárbaros; luchas por no ser esclavo ni carne de cañón de los buitres capitalistas.

Nosotros, que sufrimos ya desde hace tiempo las inclemencias y carestías que impone la guerra, nos sentimos orgullosos de ello y dispuestos a continuar sacrificando nuestros placeres y primores que impone la juventud, la preocupación familiar, etc., etc.

La guerra, camarada recluta, impone

SALUD, NUEVOS COMBATIENTES

En estos momentos, en que en las Unidades de nuestro glorioso Ejército se incorporan nuevos soldados, nuevos combatientes por la independencia de España, nosotros, los que llevamos muchos meses de lucha, nos sentimos emocionados por ver la cantera inagotable de energías que nuestro pueblo —al que defendemos con uñas y dientes— conserva y aporta a la lucha. No menos nos sentimos al saludar a estos nuevos camaradas que van a ser soldados; soldados de la independencia

española, puesto que por ella vienen a luchar.

Pero... la lucha, la lucha, es dura, criminal e inhumana como aquellos que la declaron. Si en algún momento nuestra lucha tuvo el carácter de guerra civil, hoy día, la tiene ya, desde hace tiempo, de guerra de invasión extranjera. Hacia nosotros vienen lo más rancio del hampa internacional: moros, alemanes, italianos, portugueses y los bajos fondos de la España nacionalista; pero no saben que un pueblo,

muchos sacrificios; tantos, que son incontables; pero ante nuestro amor a la causa, y la firme y decidida voluntad nuestra de vencer, se hacen llevaderos, y lejos de desanimarnos, contribuyen al robustecimiento de nuestro entusiasmo y espíritu combativo.

Camarada recluta: nosotros, desde las trincheras de la libertad, la cultura y el progreso, te saludamos fervorosamente y te exhortamos a que con-

tinúes la lucha con la valentía y la obediencia que le imprimieron otros, que han caído cubiertos de gloria, para acelerar la victoria definitiva que destrozará la mano negra del fascismo invasor, que pretende, con sus funestas garras, ahogar en sangre al noble y heroico pueblo español.

¡Fe en la victoria! ¡Adelante hasta conseguirla!

ENRIQUE CORDERO

A LOS NUEVOS RECLUTAS

Graves son los momentos que vivimos. La invasión italogermana toma caracteres cada vez más duros y lanza sus legiones al ataque esperando arrollarnos, aplastarnos, bajo sus máquinas de guerra; pero tampoco esta vez lograrán abatir nuestro espíritu de independencia.

Emulando glorias pretéritas, el pueblo entero ha sentido en sus entrañas el grito de guerra que un día le hizo inmortal ante el asombro del Mundo.

Hoy, como entonces, los hombres, todos, acuden al combate con un pensamiento y un anhelo: vencer al invasor.

De todas las regiones de España han surgido, al conjuro de nuestro ideal de independencia, nuevas legiones de combatientes que, dejándolo todo, acuden a enrolarse en las Divisiones de nuestro gran Ejército.

La juventud española acude a engrosar nuestras filas y, como en julio del 36, se dispone a oponer al invasor una muralla de pechos, de corazones, en los cuales arde, inextinguible, la llama sagrada de la Libertad. Ante ellos se estrellarán, impotentes, los esfuerzos de los mercenarios extranjeros.

No importa que cubran el cielo con sus aviones y que siembren los pueblos y los campos de metralla. De las ruinas de estos pueblos, de esas ciudades desgarradas, de esos mismos campos, regados generosamente con la sangre de nuestros soldados, resurge potente, como nunca, ese grito de independen-

cia que señala el anhelo de un pueblo libre que todo lo prefiere antes que vivir esclavo.

El campesino, el intelectual, el pequeño burgués, el obrero de la fábrica, todos responden como un solo hombre al llamamiento de la Patria.

Como en 1808, España se dispone

a escribir en su Historia una página más; pero una página que marcará en el Mundo una pauta a seguir por los pueblos, y el heroísmo de una raza de hombres que prefieren la muerte, en lucha frente al invasor, antes que sentir en sus cuellos el yugo de la esclavitud.

Quiero desde estas líneas saludar a los nuevos combatientes y decirles, una vez más, que con unión y disciplina el triunfo será nuestro.

Soldados de todas las regiones, unidos estrechamente, sintiendo en sus pechos latir el ansia de la victoria, luchan en todas las trincheras leales mezclando su sangre en defensa de nuestra independencia.

Seguid su ejemplo y aprended de ellos a dar la vida antes que ceder un palmo de terreno al invasor.

A. DE RUEDA

TRANSMISIONES

Entretenimiento y conservación de las líneas

Con la finalización del tendido de una línea telefónica no termina la misión de los soldados encargados de realizarla; de igual importancia que el tendido es la conservación de la misma. En la mayoría de los casos, el tendido de una línea requiere, en primer lugar, cierta rapidez que, si no es incompatible con la perfección del mismo, no deja por eso de restarle algo de efectividad.

Es más tarde, después de tendida la línea, cuando las tropas encargadas de su construcción proceden a corregir cuantos defectos vayan encontrando y subsanando los inevitables cometidos durante la ejecución del tendido.

Las primeras rectificaciones se llevarán a cabo en los terrenos pantanosos que no haya habido posibilidad de salvarlos; donde la humedad, en acción continuada, va destrozando, primero, las cubiertas, produciendo derivaciones, y después, oxidando los cables, dejando inservible la línea. Se procederá al alejamiento del tendido de aquellos lugares si la rectificación sólo implica un pequeño aumento de cable; pero si llegase a suponer cantidad apreciable, es

preferible suspenderla sobre el terreno por medio de postecillos o estacas, a ser posible postes, de 2,50 metros, o de mayor altura si se dispone de ellos.

Periódicamente, el grupo encargado de una línea deberá recorrerla en toda su longitud, aun en el caso de funcionamiento inmejorable. Durante este recorrido se examinarán cuidadosamente todos los empalmes y se cambiarán los que a causa de los agentes atmosféricos se hayan oxidado, cosa que ocurre frecuentemente, endureciendo la cinta aislante que, formando intersticios entre las diversas capas, permite el paso de la humedad entorpeciendo el funcionamiento.

El cabo jefe de equipo anotará cuidadosamente cuantas novedades encuentre en las líneas, número de empalmes, estado de las cubiertas del cable, terrenos por donde éste pasa, etc., teniendo así siempre un fiel reflejo de la línea y su funcionamiento, a la vez que le permite controlar si ésta es tocada por manos ajenas al servicio de transmisiones.

J. C.



La Escuela de la División.

El día 1 de mayo tuvo lugar en esta División la inauguración del Hogar del Combatiente, a cuyo acto asistieron el Teniente Coronel Romero, Jefe del II Cuerpo de Ejército; el Comisario Inspector del mismo, camarada Molina; don Rafael Henche, Alcalde de Madrid; don Amós Acero, Alcalde de Vallecas; un representante del Frente Popular de Madrid; el Comandante Jefe de la 150 Brigada Mixta; el Jefe de la 8.ª Brigada de Carabineros; el Comandante del Batallón de la misma arma; el Comandante del Batallón Disciplinario; representantes de las Brigadas y Servicios auxiliares afectos a esta División; de los Sindicatos de Artes Blancas, Transportes, Construcción; de la Federación de Dependientes de Comercio de Madrid; Colectividades agrícolas de Piúl y Ribas de Jarama; de un taller colectivo de sastrería de Madrid, etc., etc.



El Jefe del II Cuerpo de Ejército conversando con las muchachas que asistieron al acto.

INAUGURACION DE NUESTRO CLUB DEL COMBATIENTE



Personalidades que asistieron a la inauguración del Hogar.

Inició el acto el Teniente Coronel Romero, quien con palabras concisas puso de manifiesto el carácter de nuestra lucha, la compenetración que existe entre el frente y la retaguardia, y que se destaca con más fuerza en este Primero de Mayo, y terminó diciendo: «Intensifiquemos el trabajo y tengamos fe absoluta en la Victoria.»

A continuación habló el Comisario Molina. Hizo una exposición breve y clara sobre nuestro deber en los actuales momentos y dijo: «Nuestras conclusiones de hoy son: Resistir, resistir, resistir. Que no haya desmayos. En las trincheras, nuestros soldados vigilan, y en la retaguardia se trabaja para nosotros. Y así, todo el pueblo español, en apretado haz, más unido que nunca, logrará derrotar al fascismo.»

Seguidamente el representante del Frente Popular de Madrid hizo la apología del Primero de Mayo y terminó pidiendo, en nombre del Frente Popular y de la retaguardia, unidad para conseguir la Victoria.

Acto seguido concedióse la palabra al Comandante Jefe de la 150 Brigada Mixta, el cual, con frases enérgicas y emocionadas, aseguró que por el Jarama los fascistas «No pasarán».

En parecidos términos expresóse el Mayor Jefe de la 8.ª Brigada de Carabineros.

A renglón seguido el Alcalde de Vallecas, don Amós Acero, pronunció un discurso vibrante de entusiasmo y lleno de bellas y precisas imágenes, y en él plasmó el sentir de la retaguardia y de los combatientes, que marchan al unísono hacia esa España floreciente y feliz que conseguiremos con el aplastamiento del fascismo.

Y, finalmente, habló el Comisario Masiá. Hizo un resumen de lo dicho por los citados oradores y aludió a la misión nuestra, manifestando que lo que el Gobierno espera de nosotros es que nos mantengamos firmes en los puestos que se nos han confiado. Expuso luego la labor que realiza la retaguardia y glosó el espíritu heroico de la mujer española de principios del siglo XIX, exhortando a todas las mujeres antifascistas a que sigan su ejemplo y alejen la tristeza de sus hogares, fortaleciendo, así, la moral de nuestros soldados.

Después de la comida habló el Alcalde de Madrid, don Rafael Henche, haciendo un canto exaltado a la Patria y diciendo que debemos defenderla con ardor y



La Biblioteca de la División.

sin reparar en sacrificios. «Si lo hacemos así —añadió—, tened la seguridad de que, tal como afirma nuestro Gobierno, obtendremos la anhelada victoria y España habrá cumplido la alta misión que la Historia le ha confiado.»

Todos los discursos fueron muy bien acogidos por los concurrentes al acto, constatándose, una vez más, la moral elevadísima y el entusiasmo que anima a las fuerzas de esta Gran Unidad.

Por la tarde, los alcaldes de Madrid y de Vallecas, acompañados del Comandante del E. M. de esta División, del Comandante Jefe de la 150 Brigada y del Comisario Masiá, visitaron el Sector que ocupa el 599 Batallón. Los señores Henche, Amós Acero y Masiá, dirigieron la palabra en tres posiciones ocupadas por los soldados del citado Batallón, expresándose en términos análogos a los expuestos anteriormente y causando excelente impresión.



El Comisario de la División mostrando el periódico mural a los alcaldes de Madrid y Vallecas.

TECNICA MILITAR

FACTORES PRINCIPALES EN LA GUERRA

El hombre, desde que nace, lucha con los elementos y también con sus semejantes. En los períodos de paz lucha por el diario sustento y también por su bienestar; así, a medida que va triunfando, va deshaciendo y reduciendo a cenizas multitud de ilusiones y apartando de su camino a cuantos contrincantes le salen al paso y dejando tras sí una multitud de fracasados, los cuales son nada más que las bajas producidas en esa lucha continua y sorda que lleva consigo la vida cotidiana. El fracasado, el desdichado y el desgraciado no son, en realidad, más que muertos que, poco a poco, nos van infectando de su tedio, de su desgracia y de su fracaso.

A la fase de la lucha, en la cual el hombre impone su voluntad por medio de las armas, es lo que hemos convenido en denominar guerra. En ella se ponen de manifiesto las virtudes guerreras de una raza, la voluntad de una nación y la voluntad de un pueblo, y se hallan exaltadas, por decirlo así, todas las cualidades que posee el hombre, toda vez que la guerra no es más que una fase de la vida, vivida muy deprisa.

El combate es la prueba principal que en la guerra todo soldado debe sufrir y salir airoso de ella, si desea lograr el fin que se propone. Es el crisol donde fragua la victoria un pueblo con la sangre de sus hijos y el corazón de sus héroes; también, el momento sagrado en el cual se escriben páginas de oro en el libro de la Historia.

Tres factores principales tiene el infante para conseguirla, que son: el fuego, el movimiento y el terreno; y un gran motor: la voluntad de vencer; una gran conciencia: la fe plena y absoluta que la causa por la cual combate es justa y, además, un deseo firme de preferir la muerte antes que verse humillado, derrotado y vencido.

El fuego es el elemento principal de destrucción, por medio del cual destruye las obras de fortificación del ad-

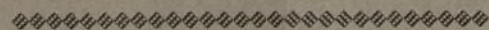
versario, pulveriza sus medios de defensa, pone fuera de combate a gran número de ellos, abre brecha en sus líneas y sembrando la destrucción, la desolación y la muerte, le hace dudar de la victoria, hace temblar su corazón y, desmoralizándole, le pone en franca huida.

El fuego debe ejecutarlo el infante con tranquilidad, pausadamente, y buscando siempre que éste adquiera una violencia tal que desmoralice al enemigo.

El movimiento es llevar el fuego al punto preciso, es guiar la maza que aplaste al adversario; el movimiento, en realidad, no es más que el fuego que avanza persiguiendo al enemigo, buscándole; serpentea tras él por las faldas de las montañas, corre por los valles, salta ágilmente de loma en loma y de cerro en cerro, trepa a las cumbres más elevadas, desciende al fondo de los barrancos, atraviesa los pueblos, penetra en las ciudades destruyendo, incendiando y asolando el terreno ocupado por el enemigo.

El fuego es la peste de la guerra y el movimiento es su agente propagador; ambos van unidos y ambos son los puntales de la victoria.

El terreno es el medio precioso, eficaz y único que el soldado posee siempre, y en todo momento, para librarse del efecto de las armas del adversario y, además, aumentar la eficacia de las propias. Pero el terreno es un arma de dos filos; hay que tenerle siempre en cuenta; ejerce una influencia constante durante el curso de una guerra y du-



El mejor militar es aquel que comprende claramente que la eficacia de un Ejército está en relación directa con su obra de conjunto. Todas las armas son utilísimas; pero ninguna por sí sola puede decidir una operación, una batalla y mucho menos lograr la victoria.

rante un combate, como influye, igualmente, en la vida de la sociedad en los días felices, claros y luminosos de paz. Facilitando unas veces la sorpresa, dificultándola otras, protegiendo al hombre en un punto y dejándole abandonado en otros; en un lugar aumenta la eficacia de las armas propias; en otro la dificulta y reduce grandemente; obliga esta serie de circunstancias tan contrarias y tan dispares a que antes de ejecutar cualquier operación, tanto en el orden ofensivo como el defensivo, a un detenido estudio de él, para así, aprovechando todos sus accidentes y todas las desigualdades, utilizarle siempre en beneficio y, además, en perjuicio del enemigo. No siempre se prestará a proporcionar al combatiente la ayuda y la protección que se le exige, y entonces, momentáneamente, abandona su arma y emprende con él una primera lucha tenaz para obligarle, por medio del útil de zapa, a que dócilmente se doblegue y se preste a sus fines. El infante que antes sepa dominar a la tierra que pisa, tiene mucho adelantado para alcanzar el éxito.

La tierra ha ejercido, ejerce y ejercerá siempre, tanto en paz como en guerra, una influencia capital sobre el que la habita; es la suprema señora, y el hombre lucha por su posesión desde los albores de la Humanidad.

Con la combinación armónica y feliz del fuego y del movimiento con el terreno, tiene el infante trazado siempre el camino de la victoria. Con su voluntad y su deseo firme de vencer, apartará tras sí todos cuantos obstáculos la naturaleza y el enemigo interpongan en el mismo; soportará la fatiga, tolerará las privaciones, su ánimo sereno le harán despreciar a la muerte y su corazón le dará siempre impulso para acortar pronto, y rápidamente, la distancia que le separe de su adversario y lanzarse sobre él para destruirle en un abrazo mortal, pues la victoria será siempre del que la sepa buscar en el corazón de su enemigo con la punta de su bayoneta.

E. R.

PAGINA DEL COMISARIO

OCHO AÑOS DE REPÚBLICA

Al cumplirse el aniversario del régimen implantado por la voluntad popular, los luchadores que se hallan en las trincheras recuerdan, a medida que sus Comisarios explican en las charlas la significación de tan memorable fecha, cuál ha sido el balance que nuestro régimen ha aportado a la causa del derecho, la civilización y libertad humana.

Con certeza —y la Historia nos permite el escribirlo con pulso sereno y firme, sin miedo a equivocación—, la República naciente adoleció, desde su implantación, de un exceso de legalidad, sin tener en cuenta que sus seculares enemigos (capitalismo español —equivalente a oscurantismo—, clero y militarismo) acechaban el momento para poner obstáculos y vallas a su labor propia de régimen político eminentemente democrático, nacido para acabar con los privilegios, nacidos y sostenidos durante decenios de dominación monárquica absolutista, aunque se denominase «parlamentaria».

Siguió nuestra joven República el mismo sendero que condujo a la muerte a la del siglo pasado, porque permitió el acceso a su Gobierno a las fuerzas aliadas de la reacción. Estas demostraron con creces su odio al nuevo régimen, persiguiendo sañudamente, y en todos los terrenos posibles, a quienes hacían profesión de verdadera fe republicana y a los auténticos defensores de la nueva organización política del Estado español: los trabajadores. Como prueba de ello, sobresalen tres fechas, demostrativas de estos ataques al régimen instaurado: Sanjurjada en agosto de 1932 y persecuciones crueles por la huelga de campesinos

de 1934 y por el movimiento de protesta que el proletariado español organizó en octubre del mismo año.

Sin embargo, a pesar de los sistemas y medios empleados por la reacción y el caciquismo, nuestra República se mantuvo en pie. ¿Por qué? Debido a que la clase trabajadora española, en su vasto sentido (obrerismo, campesinado e intelectualidad pura —no la mixtificada por el ansia de conseguir a toda costa un poder monetario—), sabía que el nuevo sistema político que la República representaba era el adecuado para la consecución del mejoramiento económico y político de dicha clase.

Pero quienes debían recordar los sufrimientos y persecuciones padecidos por el pueblo durante un bienio nauseabundo —el radical-cedista—, cuando fueron nuevamente elevados a los puestos de dirección política del Estado, después del triunfo electoral del día 16 de febrero de 1936, persistieron en la continuación por la senda de la tolerancia frente a las maniobras urdidas en los cuarteles y otros centros oficiales. Dieron puestos oficiales excelentes, y honores inclusive, a personas que se les sabía su próxima traición y que eran aliados públicos o encubiertos del fascismo.

La clase trabajadora, por medio de sus hombres representativos, dió el aldabonazo de alerta ante el peligro que se cernía sobre la República.

No se hizo ningún caso por quienes, dirigiendo la política, habían dicho en el Parlamento que el Gobierno se consideraba beligerante frente al fascismo.

Y se produjo el por todos conocido 18 de julio de 1936. Desde entonces acá se ha dado un mentís a quienes creyeron en los métodos de contemporalización con el enemigo.

Conmemoramos en las trincheras el VIII aniversario de la República española, con fe absoluta en la victoria y en los destinos de España.

Nuestros muertos, y las familias que el fascismo interior y extranjero ha destrozado, nos enseña que la victoria, una vez conseguida, tendrá que ser mejor administrada que aquella que en un 14 de abril ya lejano utilizamos para implantar un nuevo régimen.

Seguiremos luchando con mayor coraje, para vengar a nuestros caídos bajo la metralla odiada del invasor y para instaurar una República que no permita que en sus entrañas se incube la traición.

J. RUIZ MENDOZA
Comisario de Guerra.

“Sólo se detesta al Comisario allí donde su mirada puede descubrir la apatía, la desidia o la traición.”

(Alvarez del Vayo.)

MILICIAS DE



LA CULTURA

LA CULTURA EN EL EJERCITO

El Ministerio de Instrucción Pública debe jugar, como actualmente lo hace ya, un papel preponderante en la formación de la nueva sociedad.

Es por esto que, inspirándose en ideales de solidaridad humana, se ha emprendido de modo decidido la difícil, pero gloriosa tarea, de lo que podríamos llamar «capacitación del pueblo».

Debido al bajo nivel cultural de nuestro pueblo hasta la fecha, en virtud de causas que todos conocemos, la capacitación del pueblo presenta una vasta complejidad, desde el punto de vista educativo, que no es propio analizar en este momento. Parte de este problema de capacitación del pueblo lo constituye la capacitación del Ejército.

Los soldados del nuevo Ejército, hijos del pueblo, no constituían, desgraciadamente, una excepción a este abandono cultural; y así vemos que un considerable tanto por ciento de sus componentes eran analfabetos, y que muchos de ellos leían y escribían muy defectuosamente.

Por si esto fuera poco, el Ejército de la República tiene planteada, de forma ineludible, la cuestión de la capacitación de los mandos, tanto militares como políticos, porque están en la mente de todos las excepcionales circunstancias que han concurrido en la formación del Ejército del pueblo.

Desterrar el analfabetismo y capacitar culturalmente a los mandos del Ejército, he aquí los dos grandes fines que motivaron la resolución que tomó el ministro de Instrucción, de acuerdo con el de Defensa Nacional, de crear las Milicias de la Cultura. Esta innovación creo que será bien vista por todos los que se afanan por crear una fuerza militar organizada y consciente. A raíz de esto dijo uno de nuestros grandes caudillos, el General Miaja, entre otras cosas: «Que la cultura, en el Ejército popular, no sólo es necesaria, sino imprescindible». — Y agregó: «La República necesita un Ejército para la defensa del país, y esta fuerza armada ha de estar identificada completamente con el pueblo; es imposible lograrlo si no se hace una amplia labor cultural en todos sus componentes».

Con la introducción del libro en las trincheras se consiguen unos conocimientos para la guerra, se crean hábitos de disciplina, orden, etc., muy convenientes

a los momentos actuales. Además, ayuda a comprender mejor la justicia de nuestra causa, a la par que se hace una gran labor para el día en que el soldado tenga que incorporarse a la vida ordinaria, dándole conocimientos para que sea un ciudadano consciente. La obra educativa a realizar en las trincheras se puede dividir en dos grupos: actividades escolares y extraescolares.

Las primeras son aquellas que se realizan en la escuela, como son las clases que se dan ordinariamente de analfabetos, semianalfabetos y de cultura general. Son extraescolares las actividades que se desarrollan fuera del ámbito escolar; esto es: las Bibliotecas, Hogares del Soldado, Rincones, Periódicos Murales y, por último, las emisiones de

La verdadera cultura

La cultura es el esfuerzo que efectúa la mente para el conocimiento y mejoramiento de las cosas, tanto materiales como psíquicas. Cuando este esfuerzo se mueve dentro de las normas que señalan los grandes ideales humanos de fraternidad, solidaridad, libertad, etc., origina la evolución natural y continua de la Humanidad hacia el progreso. Análogamente, se deben de tener en cuenta los *finés culturales*, o sea las ideas hacia las que tiende la cultura, a los cuales podemos agrupar en esta forma: *finés inmediatos* y *mediatos*. Los primeros son aquellos que dependen principalmente de la utilidad y también de otros factores afectados por la índole especial de cada rama cultural; verbigracia: en la parte física se persigue hacer un cuerpo sano y fuerte; en la parte psíquica, el conocimiento exacto y la utilidad, etc. Los *finés mediatos* adquieren una mayor amplitud y son comunes a la totalidad de las disciplinas; se pueden llamar también *últimos*, y son: la belleza, la verdad y el bien. La verdadera cultura es aquella que se inspira en aquellos ideales y tiende a los fines antedichos; desenvolviéndose en esta forma cumplirá, de un modo normal, la altísima función, tanto social como individual, que le está encomendada.

Si así no sucede y se olvidan de aquellos fines e ideales en su totalidad o en

radio. Todas estas actividades deben ir controladas o, cuando menos, encauzadas por el Maestro del Batallón como miembro del Ministerio de Instrucción.

Esta es, brevemente esbozada, la colaboración que presta el Ministerio de Instrucción Pública al Ejército; está de parte de nosotros el afianzamiento de esta obra y es deber nuestro hacerla cada vez más firme. Pongo a la consideración de todos que mediten sobre la extensión de esta obra, y no dudo que le prestarán su apoyo de una manera franca y decidida en cualquiera de sus aspectos. Dediquemos diariamente algún tiempo de los libres de servicio a nuestra capacitación y así completaremos en lo posible nuestra personalidad, tanto militar como civil. Así lo espero para bien de nuestra causa.

EL MILICIANO DE CULTURA DE LA 150 BRIGADA

parte, se puede asegurar que la cultura se asienta sobre bases ficticias; es la falsa cultura.

En los países democráticos, la cultura se basa, generalmente, en los principios que hemos hablado, y es por esto que tiene en ellos un sentido más extenso, universal y fraterno, que conduce a la superación colectiva e individual, a la verdadera senda del progreso. Por el contrario, en los países totalitarios se encamina a la satisfacción de intereses privados o exclusivamente nacionales, y por tanto presenta unos horizontes mucho más restringidos que mengua mucho el carácter general que debe ostentar con orgullo toda cultura por ser uno de los firmes puntales sobre los que se asienta; otro de los factores que van en contra de ella es la falta de libertad propia de dichos países: es la falsa cultura, el retroceso humano. El caso más típico de esta clase de cultura lo presentan los alemanes, que a pesar de estar muy avanzados culturalmente, con harta frecuencia desprecian aquellos principios y la emplean en contra de sus semejantes para obtener los beneficios exclusivamente ellos en menoscabo de los demás. Sigamos el camino que va hacia la verdadera cultura, el que une a los hombres y a los pueblos: la senda del bien común.

R. GALLOFRÉ
Miliciano de la Cultura.

PAGINA HUMORISTICA

REPORTAJES CINELANDICOS CANUTADAS (Es un film sin celuloide)

Nos encontramos en la histórica ciudad de Salamanca. En un bar situado en la Plaza Mayor charlan, alegremente, tres aviadores al servicio del triple maridaje alemán, italiano y «nacional». Escucha los términos en que se expresan:

- AVIADOR ALEMÁN. ¿Qué tomamos?
 AVIADOR ITALIANO. Lo que queráis.
 AVIADOR ESPAÑOL. Yo no opino; estoy a vuestras órdenes y tomo lo que gustéis.
 EL CAMARERO. (Un antifascista emboscado) ¿Qué desean los señores?
 AVIADOR ALEMÁN. Unas copas de manzanilla.
 (Vase el camarero con aire marcial.)
 AVIADOR ITALIANO. Chico, ayer realizamos un vuelo sobre Valencia y mi escuadrilla descargó 55 bombas sobre la capital levantina, produciendo muchas víctimas y destruyendo un montón de edificios.
 AVIADOR ESPAÑOL. Pues la mía, en el último vuelo, descargó sobre Tortosa y sus alrededores más de cien bombas, que ocasionaron la muerte a un par de centenares de «rojos». ¡Qué alegría siento cuando puedo exterminar a tanta gentuza!
 AVIADOR ALEMÁN. Eso no es nada. Yo he verificado unas agresiones sobre Barcelona que han obligado a los «rojos» a habilitar un nuevo depósito de cadáveres y a movilizar Divisiones enteras para retirar los escombros.
 EL CAMARERO. (Se acerca con la bandeja en la mano y con voz grave dice):
 Aquí están los «chatos».
 LOS TRES AVIADORES
 A LA VEZ. ¿Cómo? Y salen huyendo.



Ante las puertas de un teatro céntrico de Madrid se encuentra un niño de diez años acompañado de su padre.

- EL PADRE. Qué, Enriquito, ¿te gusta el programa?
 EL NIÑO. No, papá; yo aquí no entro.
 EL PADRE. ¡Pero cómo! ¿Es posible que no te atraiga el programa monstruo que dan?
 EL NIÑO. No, papá; porque aquí trabajan el Niño de Madrid, el Niño de la Puebla, el Niño de Vallecas, el Nene de Utrera, la Niña de Triana, Pilarín y Robertito, y esto es un verdadero peligro.
 EL PADRE. Pero niño, ¿en qué fundamentas tú esto?
 EL NIÑO. Padre, ¿no lo comprendes? En que es un objetivo militar.

El simpático Canuto se presenta ante el Tribunal que ha de examinarle de Aritmética.

Uno de los jueces le pregunta:

—¿Qué es división?

—La División—contesta Canuto—se compone de varios millares de hombres, de todas las armas, mandados por un jefe.

~~~~~

A Canuto le pregunta su sargento:

—¿Cuántas barras lleva un capitán?

—Seis.

—¡Cómo seis, ignorante!

—Sí, señor; yo las conté: tres en cada brazo.

~~~~~

Un día le ordenan a Canuto que se corte el pelo. Después de cumplimentar la orden, un camarada le encuentra lavándose la cabeza con cazalla:

—¿Pero estás loco, Canuto? ¡Lavarte con aguardiente la cabeza!

—Dicen que lavándose con aguardiente crecen pronto los cabellos.

—No lo creas; si fuera cierto, mi garganta estaría cubierta de pelo.

~~~~~

Fragmento de una carta de un soldado que se halla en primera línea:

«Ahora está haciendo en estos sitios un tiempo delicioso. Como ya me he acostumbrado al ruido de los cañonazos, duermo perfectamente toda la noche sin colchón ni almohada y debajo de un árbol. Lo malo es un maldito ruiñeñor, que se pasa las noches cantando y a veces me desvela.»



**Fragmentos de un diario**

**LA CARTA**

Acaban de emplazar el cañón de tiro rápido en el montículo que domina el reducto enemigo. Toda la fuerza se ha situado en los sitios señalados por el mando. Las máquinas automáticas están preparadas. En cada tronera hay un fusil vigilante, y las hornacinas, diseminadas estratégicamente a lo largo de la trinchera, están repletas de bombas de mano.

Ha empezado a llover. Llega el Comandante. El Capitán G. se dirige a él. Hablan en voz baja:

—¿Todo preparado?

—Sí, mi Comandante.

—Bien. Reúne a tu gente y... mucha suerte.

Se estrechan la mano. Instantes después, unos treinta hombres se deslizan fuera de la trinchera. Son los dinamiteros. Un breve crujido de hojas se pierde en el rumor monótono de la lluvia. Y luego, la espera, la inquietud, el nerviosismo. Los minutos transcurren lentos. Diríase que alguien frena la marcha del tiempo. Ni un solo disparo turba la calma de la noche. Parece como si, más allá de la «tierra de nadie», el maridaje de las sombras y el silencio hubiese engendrado la Nada.

Hace ya dos horas que ha cesado el fuego. La operación se ha desarrollado tal como se había previsto, y tras una tenaz resistencia enemiga, que se ha prolongado hasta el amanecer, hemos copado el reducto rebelde. Las fuerzas de reserva han ocupado ya la posición conquistada y nosotros nos trasladamos en camiones al pueblecito de A.

A medida que nos alejamos de la sierra vamos volviendo al estado normal. Los nervios se calman y el cansancio nos quita las ganas de hablar. El olor de la pólvora y el fragor del combate se desvanecen al contacto de la brisa matinal. Y la sonriente campiña, con sus trigales y sus barbechos pardos, despierta la sensibilidad dormida.

Ahora es cuando me doy cuenta de lo sucedido. Fué poco antes de rendirse el enemigo. Recuerdo que Pedro se acercó a mí y con su vozarrón me dijo:

—¡Oye, se me ha encasquillado el fusil!

Absorbido por los últimos incidentes de la lucha, yo le contesté sin mirarle:

—Espera. Esto se acaba. Ponte detrás de esa piedra y no te muevas.

Silbaron las últimas balas. Pedro calló y su rostro quedó pegado en el barro. Las primeras luces del alba iluminaron el campo. En el parapeto rebelde ondeó la bandera blanca. Un griterío ensordecedor sucedió a los estampidos de las bombas de mano y al tableteo de las máquinas. Nos levantamos.

—¡Vamos allá, Pedro; ya son nuestros!

Una alegría nerviosa se apodera de todos. Es la rara y grata sensación del triunfo. Había corrido ya unos pasos hacia las trincheras facciosas cuando volví la cabeza y vi que Pedro seguía tumbado en el suelo. Mi corazón latió violentamente. Adiviné la desgracia. Mis piernas temblaron. Casi no tuve fuerzas para llegar hasta él.

Tenía una herida en la región occipital y yacía entre un charco de sangre. Le llevamos al puesto de socorro. Antes le limpiamos la cara, llena de barro enrojecido, y le atamos un pañuelo a la cabeza. Su cuerpo estaba tibio. Concebí alguna esperanza. Sin embargo... había muerto

Releo de nuevo la carta que le encontré en el bolsillo. Es una carta dirigida a su madre. La primera que ha escrito. Pedro era analfabeto cuando salió para el frente. Aprendió a leer y escribir entre combate y combate. La carta decía así:

«Querida madre: Sabrás que ya sé hacer cartas y que ya leo el periódico. También sabrás que pronto vendré con permiso. Quiero

que tú y Juana me veais leer el libro que tenía guardado el abuelo. Conmigo vendrá un compañero. Somos como hermanos. Y por hoy nada más que un abrazo de vuestro hijo. *Pedro.*»

Cada vez que leo la carta siento una profunda tristeza. ¡Con la alegría que la escribió él! Me parece que aún le veo, la víspera del combate, garabateando sobre el papel, allí, en el rincón de su chabola. A cada instante me preguntaba algo:

—¡Oye! ¿Cómo se escribe «hacer», con h o sin ella?

Dentro de dos días me conceden el permiso. Estoy decidido. Iré a verlas. Con frecuencia, Pedro, me describía, con su llaneza campesina, aquel rincón montañoso, donde él vivía con su madre y con su hermana. Distaba sólo unos cinco kilómetros de P. Llegaría allí, les daría la carta y después les explicaría...

Los últimos pinos, allá en lo alto del cerro, rozaban las paredes de la casa. Más al fondo, subiendo el cauce del riachuelo, las crestas rocosas de las montañas parecían fundirse con el cielo. Era un lugar pintoresco, tranquilo: uno de estos rincones montañosos que deslumbran con su exuberancia de colores y de luz. La casa era una misera choza de pastores.

No lejos de ella, en el pinar, había un corral para las ovejas. Y abajo, junto al río, verdeaban los cuadros de plantío y el exiguo patatal. Traspasé el umbral de la puerta temblando. Vi con emoción extraordinaria a una mujer, ya entrada

en años, vestida de negro, sentada de espaldas a mí. Al oír ruido de pasos se volvió, y al verme se levantó de la silla, algo asustada.

—¿La madre de Pedro?

—Sí, señor. ¿En qué puedo servirle?

—Yo soy amigo de su hijo y le traigo una carta suya.

La pobre mujer se quedó un tanto confusa y no sabía qué hacer con la carta. Al fin exclamó con júbilo:

—¡Juana! ¡Juana! Aquí hay un señor que nos trae noticias de Pedro.

Apareció una joven como de unos dieciocho años. Morena ella, alta, de color sano y ojos azules. Tenía las mismas facciones de Pedro. Al verme se ruborizó, y sin levantar los ojos del suelo me dijo:

—¿Y mi hermano?...

Noté que se me hacía un nudo en la garganta. Me faltó valor para decir la verdad.

—Es que han variado el turno y ahora... hasta dentro de dos meses...

—¿Dos meses?

—¿Tanto?

Leí la carta. Madre e hija lloraban, y yo tuve que hacer grandes esfuerzos para que no se me saltasen las lágrimas. Permanecí dos días con ellas. Al partir me hicieron prometer que volvería cuando le diesen el permiso a Pedro. La emoción estuvo a punto de traicionarme.

Ya no distingo la casa. Mi cerebro arde y mis nervios están deshechos; pero no he pronunciado la triste verdad. Y así, en aquel hogar humilde, al calor de la carta —un símbolo de nuestra lucha—, vivirá el recuerdo de Pedro en alas de la esperanza.

Hogares sin hijos... destrucción... miseria... hambre... La sociedad, convertida en un inmenso rebaño. El culto de la inteligencia y de la verdad, proscrito por los bárbaros.

Este es el programa y la obra del fascismo.

No, no triunfarán. España será libre. Hay todavía muchos hombres como Pedro dispuestos a defender con la vida esta tierra que nos quieren usurpar...

**JUAN SANS PRATS**

